



THE HORUS HERESY
SIEGE OF TERRA

SATURNINO

Dan Abnett

minotauro

—THE HORUS HERESY®—
SIEGE OF TERRA

SATURNINO

Dan Abnett

minotauro

Siege of Terra nº 04 Saturnino

Versión original inglesa publicada por Black Library.
Saturnine © Copyright Games Workshop Limited 2020.

Saturnine, Siege of Terra nº 04 Saturnino, GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo * o ™ y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo.

Todos los derechos reservados.
Originally published as *Saturnine*

Games Workshop Limited,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK.

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
© 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Daniel Casado Rodríguez, 2024
Ilustración de cubierta: Neil Roberts
Revisado por: dtm+tagstudy

ISBN: 978-84-450-1884-2
Depósito legal: B. 13.917-2024
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

Reiteración

«Quién sabe qué estará pensando ahora o qué piensa en cualquier momento. Se mueve... —concedió Kyril Sindermann para sí mismo según subía los últimos peldaños—. Nuestro bienamado Emperador se mueve de formas misteriosas».

—Misteriosas —dijo en voz alta, soltando la palabra como un suspiro.

El eco helado de las escaleras fue su única respuesta, acompañado del repiqueteo de la lluvia. Sindermann estaba agotado. Había caminado mucho, y no solo por los mil peldaños de la torre, sino que había recorrido el sendero anterior a aquello, el largo camino que antaño le había parecido muy prometedor y que, aun así, lo había acabado conduciendo (a él y a todos) a un desastre cruel.

Kyril Sindermann había avanzado al lado de la historia conforme iba transcurriendo y le habían encargado que observara y registrara el proceso. Sin embargo, la historia, caprichosa y cruel, nunca conduce adonde uno espera que acabe. No se puede anticipar. Sindermann debería haber tenido en cuenta uno de los principios más básicos de su profesión: la historia solo tiene sentido vista desde el futuro.

¿Acaso lo había sabido Él? El bienamado Emperador. ¿Había leído la historia desde el futuro y entendía cuál iba a ser el final del libro? Si así era, ¿podría haber cambiado las palabras? ¿Les podría haber avisado? ¿Lo intentó siquiera?

¿Había sabido desde el principio, con Sus métodos misteriosos, adónde los iba a llevar todo?

A aquel lugar.

Sindermann abrió el cerrojo de la puerta y la empujó. Notó el aire frío en la cara, el siseo de la lluvia al caer en el tejado del jardín. Más allá, una nube gris descendía desde los bastiones superiores del Sanctum Imperialis y los espectros de las montañas que habían echado por tierra para hacerle espacio parecían estar conjurados por las nubes. En otros tiempos había parecido un milagro, una gran hazaña de la humanidad, el poder allanar una cadena de montañas para asentar la base de un palacio-ciudad en su lugar. «Es imposible imaginar una maravilla más grande», según había escrito un testigo de la época.

Ya no, claro. Unas maravillas más grandes aún habían llegado para eclipsarla: la guerra para pacificar el firmamento, la cruzada para derrotar a especies salvajes, la liberación de la humanidad perdida, la unificación del cosmos.

La revelación de un horror impensable. La traición de todo lo que existía.

Y, después, lo que estaba ocurriendo en aquel mismo instante. Habían derribado montañas enteras para construir un palacio, un lugar del que surgió un imperio. Y todo aquel empeño iba a fracasar, el palacio iba a caer, las rocas que habían allanado para que lo sostuvieran hasta el fin de los tiempos se iban a partir y lo mismo le iba a ocurrir al planeta que había bajo las rocas.

Sindermann paseó por el sendero del jardín. La Terraza Catabática, un jardín colgante que había llegado a ser un paraíso. Los parterres se habían llenado de malas hierbas, las macetas y tiestos de piedra se habían partido por las raíces que habían dejado de cuidar. Los sistemas automáticos de irrigación y de pesticidas se habían desactivado para ahorrar energía. Ya hacía tiempo que habían reprogramado a los servidores botánicos para que sirvieran en las cámaras de munición y a los trabajadores humanos los habían reclutado para las brigadas de trabajo de asedio o los habían mandado al frente de batalla. Otros jardines del Palacio, y no eran pocos, los habían convertido en lugares para plantar alimentos.

Solo que no el jardín de la Catabática. Era el más alto, el más solitario, el favorito del Emperador, casi en lo más alto de la vieja Torre Antihoraria. Aquel lo habían abandonado sin más. Tal vez Él, el bienamado Emperador, albergaba la esperanza de poder abrir sus puertas una vez más, de que los jardineros volvieran al trabajo, de que los especímenes maravillosos que contenía volvieran a florecer.

Si así era, según lo veía Sindermann, todavía había esperanza.

La Terraza Catabática no se había marchitado. La lluvia no dejaba de caer por sus senderos, parterres y parapetos, encharcaba adoquines desiguales y desbordaba las macetas vacías. El jardín se había vuelto silvestre, lleno de malas hierbas, enredaderas sin control y brotes sin podar. El agua goteaba de los botones cabizbajos y sin color de unas flores deformes por culpa de los productos químicos. Era un simbolismo sobrecogedor.

Ni siquiera era lluvia, al menos no una natural. El Palacio Interior al completo, el Sanctum Imperialis, que de por sí era una ciudad más grande que la vieja Konstantinópolis, había quedado encerrado en su cúpula de escudos del vacío desde antes de que llegara Secundus. Los escudos no estaban diseñados para permanecer activos tanto tiempo; todo el aire se recirculaba, se procesaba y se respiraba un cuatrillón de veces, y habían construido sistemas de clima artificial bajo la cúpula que formaban unas nubes manchadas, lluvia ácida y tormentas localizadas que se agitaban y se pudrían bajo los campos cargados de electricidad. La lluvia en sí estaba hecha de sudor, humedad corporal, orina y sangre: líquidos reciclados.

Y, según le habían contado, la situación era peor aún fuera de los escudos del vacío interiores: aparecía polución tóxica y nubes de bacterias que se alzaban desde los sectores en llamas y los campos de batalla o bien se generaban de forma artificial: tormentas de fuego abrasadoras, ventiscas de ceniza, convulsiones epilépticas de rayos generados por los efectos secundarios de los bombardeos orbitales y tornados aullantes propagados por los impactos de las explosiones sin fin. La superficie temblaba. Incluso desde tan lejos notaba el temblor constante.

Y todo aquello era solo en aquel lugar..., en la amplia zona del Palacio, la Zona Imperialis Terra, del tamaño de un continente. Más allá se había desatado un infierno en todo el planeta, un destrozo sistemático del globo entero, un desastre colateral de polución, movimientos sísmicos y lluvia radioactiva que se alejaba del epicentro de aquel ataque monumental. Le habían contado que la columna de ceniza envenenada y humo que salía del Palacio Imperial ocultaba el continente entero de Europa y el Panasiático.

Le habían contado...

Daba igual, no tenían que contárselo, porque lo veía. Veía más que de sobra. Se acercó al parapeto, donde notó la lluvia en la cara, y se quedó plantado encima de la caída de mil metros en picado que daba a los tejados del Barracón Constante Occidental.

Alcanzaba a ver la extensión del Sanctum Imperialis Palatino, el alcance del enorme palacio ciudad que había detrás, la Barbacana Anterior, el Gran

Palacio Magnifican, tirado y desplegado como una baja a la espera de la muerte. Alcanzaba a ver las enormes puertas, torres y formas inmensas de los puertos que antaño habían sido majestuosos, las líneas formadas por las murallas que habían construido para que no cayeran nunca. Y más allá de todo aquello, en todas las direcciones, veía los surcos de fuego, la circunferencia de humo negro que ceñía la zona y se alzaba unos cuarenta kilómetros hacia el firmamento. Y, a través de la distorsión de los escudos del vacío concéntricos que emborronaban el ambiente como si se viera a través de gelatina de petróleo colocada sobre un cristal, alcanzaba a ver el destello y el parpadeo de las detonaciones, las explosiones de las muertes tan grandes y lejanas, las estelas de las armas de energía como unos rayos de años luz de largo. El estruendo amortiguado del colapso existencial seguía sonando, retrasado y amortiguado por los escudos del vacío.

No había sol, sino que estaban sumidos en un ocaso eterno. En un tono gris venenoso. Como si estuvieran perdiendo la vista.

Todo aquello en aquel lugar. Donde había empezado. Donde iba a terminar.

Sindermann bajó la mirada hacia el acantilado. La lluvia lo había mojado bajo la chaqueta y se le había metido en los ojos como si de lágrimas se tratase. Vio que la punta de las botas sobresalía un poco del borde de piedra.

Había sido iterador, solo que ya no quedaba nada que decir. Había sido historiador, solo que la historia estaba muerta y enterrada. Había encontrado la fe, y no solo la fe intelectual en que el Emperador protegiera a la humanidad, sino algo más: una fe verdadera y brillante que nunca había creído que fuera a ser posible. Se había aferrado a ella, se había sentido bendecido por un tiempo, protegido de la oscuridad que se cernía sobre todos. Incluso había intentado propagar la buena nueva.

Sin embargo, la oscuridad se había tornado más espesa. Los aullidos de los Nuncanatos se habían acercado. Su fe había ido desapareciendo, cada vez más frágil ante un horror infernal, tan débil como su filosofía y erudición. No le quedaba ningún propósito. La noche anterior, algunos de los pocos amigos que conservaba habían afirmado que todavía quedaba historia que contar: un futuro que, a su vez, iba a engendrar otro futuro más que iba a querer saber lo ocurrido antes de su nacimiento, que iba a merecer saberlo. Plantado en el borde de la Terraza Catabática, Sindermann supo que aquello no podía ser cierto.

Otros, como el joven Hari, tan diligente y solícito, habían insistido en que, fuera cual fuese la historia que quedara por contar, se debían registrar sus últimos días de vida.

—Se debería anotar la muerte —había dicho—, incluso si nadie sobrevive para leerla.

Pues no, jovencito, no es así. Sí, quedaban unos pocos días, semanas o incluso meses de historia, pero Kyril Sindermann ya alcanzaba a verla toda desde donde estaba. La leía en las paredes montañosas de humo negro que los rodeaban desde el horizonte, en los bosques de llamas imposibles de apagar. Quedaba historia, sí, solo que no era una historia que se pudiera registrar. Solo podía ser una letanía de dolor, de agonía, de mutilación y destrucción abyecta. Ningún poeta se había dedicado a describir las últimas sacudidas involuntarias de un cadáver y todos los historiadores eran lo bastante decentes como para no centrarse en semejantes temas. La historia que les quedaba por escribir era una pesadilla llena de demonios, abominaciones y obscenidad. Una historia que nadie debía oír nunca.

Incluso si lo intentaban, no les quedaban palabras. No existía ninguna palabra en ningún idioma humano que pudiera empezar a describir el horror de aquel final.

—No hablaré ni escribiré sobre nada más —les había dicho.

Al principio, nadie le había contestado, porque todos entendían lo que quería decir. Kyril Sindermann no iba a ser el primer humano en apartarse de todo, en terminar su vigilia por elección propia para no tener que soportar el resto de la historia. Miles de personas se habían ido ya, cada una con el método individual que hubiera escogido. Saltar al vacío, a mil metros por encima de los tejados del Constante Occidental...

—No seas cobarde —le había dicho Ceris al fin—. Si no quieres hablar ni escribir sobre ello, ve a que te recluten. Ponte un chaleco y empuña un rifle. Vete a las murallas, adonde te quieran apostar, y llega a tu final allí. No seas un puto cobarde, joder. Si no quieres seguir con tu vida, úsala para ayudar a los demás.

Aquello le había escocido. La vergüenza lo había llevado al lugar de reclutamiento y, cuando hacía cola en aquel ambiente lleno de sollozos y despedidas, con el olor del aceite para armas, había pensado que, a decir verdad, se le daba de pena disparar. Lo único que iba a conseguir era malgastar cápsulas de energía que cualquier otro iba a saber aprovechar mejor que él, empuñar un arma que cualquier otro iba a saber disparar mejor que él. Iba a comerse raciones que podían llenarle el estómago a otra persona, a respirar un oxígeno que podía llenar otros pulmones más dignos.

No era un cobarde, no. Pero ¿un desperdicio de recursos? Eso sí. Cada uno contribuía como buenamente podía.

«Además, ya he visto más que de sobra», pensó. «Estuve allí el día que... Estuve allí al principio. Durante la primera chispa, cuando se encendió la mecha. Estuve allí mismo. He visto demasiado y he vivido demasiado tiempo».

Los dedos de los pies le sobresalían del borde. La lluvia le caía en la cara, con sabor a cloro y a harina de huesos. Se le entrecortó la respiración.

—Ya he visto más que de sobra —les dijo Kyril Sindermann a la lluvia, al aire, a las malas hierbas—. Si sabía que la historia iba a consumirse a sí misma, ¿por qué no nos lo dijo? Nuestro bienamado Emperador. Si tenía un plan, ¿por qué no lo compartió? Si tenía un plan, ¿es este? ¿En qué estaba pensando?

—¿Hablas conmigo?

Sindermann se llevó un buen susto y casi se resbaló por el borde mojado. Se encorvó, recobró el equilibrio al apoyar una mano en la piedra húmeda y miró en derredor.

—¿Quién anda ahí? —preguntó con un tono de voz sobresaltado.

—Creía que estaba solo. ¿Hablabas conmigo?

Se apartó del borde, porque de repente la caída le daba mucho miedo. Se aferró con fuerza al parapeto para no caerse.

Una silueta apartó vides oscuras y ramas enredadas hasta salir al camino. La tela de la túnica que llevaba brillaba por las gotitas de lluvia que le iban cayendo.

—¿Sindermann? ¿Se puede saber qué haces?

—Mi... Mi señor, de vez en cuando me paso por aquí...

Rogal Dorn, varias veces más alto que Sindermann, lo aferró del brazo y lo apartó del parapeto en volandas como si fuera un niño pequeño. Volvió a dejarlo en el suelo.

—¿Ibas a saltar? —preguntó Dorn. Su voz, apenas un susurro, fue el retumbar de un mar que murmuraba secretos en sueños.

—N... No. No, mi señor. He venido a ver el paisaje. Es... Tal vez sea el mejor punto de vista, al estar tan alto... He venido a observar, en busca de una mejor perspectiva.

Dorn frunció el ceño y asintió. El cuerpo enorme del Pretoriano no estaba cubierto por su armadura, sino que llevaba una túnica de lana amarilla, además de la túnica gris de bordes de piel de su difunto padre adoptivo que se había echado a los hombros, como una capa.

—¿Es por eso que...? ¿Es por eso que habéis venido vos? —quiso saber Sindermann. Se enjugó la lluvia de la frente.

—No.

—Mis disculpas. Os dejaré que...

—Sindermann, ¿ibas a saltar?

Alzó la mirada hacia los ojos de aquel gigante. Ninguna mentira podía existir allí.

—No —respondió—. Creo que, al final, no iba a saltar.

Dorn cogió aire por la nariz antes de contestar.

—No pasa nada por tener miedo —dijo.

—¿Vos lo tenéis?

El primarca guardó silencio unos instantes, bajo las gotas de lluvia que le mojaban la frente. De verdad parecía que se lo estaba pensando, por mucho que Sindermann se hubiera arrepentido de hacerle aquella pregunta nada más pronunciarla.

—Es un lujo que no se me permite —acabó diciendo.

—Pero ¿os gustaría que sí se os permitiera estar asustado?

—No lo sé. No... —Dorn titubeó—. No sé cómo es esa sensación. ¿Cómo es?

—Es como... —Se encogió de hombros—. ¿Cómo os sentís?

—Me siento como si... Como si tuviera un cuchillo en la garganta. Como si la mente se me hubiera inflamado y no me dejara de latir. Noto el límite de mi habilidad y, aun así, debo seguir dando más de mí. Y no sé de dónde sacaré las fuerzas.

—En ese caso, si me permitís el comentario, creo que sí que tenéis miedo.

Los ojos se le abrieron un poco más al primarca, que se quedó mirando hacia el horizonte.

—¿En serio? Eso es algo muy atrevido que decirme.

—Estoy de acuerdo —dijo Sindermann—. Mis disculpas. Hace treinta segundos estaba decidido a tirarme del parapeto, así que decirle la verdad a un primarca no es tan aterrador como tal vez lo era antes... No, mentira. Ahora que lo pienso, joder, ofenderos es... más aterrador que el concepto de mi muerte. No me creo que haya dicho eso.

—No te disculpes —lo tranquilizó Dorn—. El miedo... Así que ese es el sabor que tiene. Vaya, vaya.

—¿De qué tenéis miedo? —preguntó el iterador.

Dorn lo miró con el ceño fruncido, como si no lo entendiera.

—¿De qué tenéis miedo? —insistió—. ¿Qué os asusta de verdad?

—Demasiadas cosas —se limitó a decir el primarca—. Todo. Por el momento, lo que me asusta es la idea de que, después de todo, sí que puedo experimentar el miedo. —Tras una pausa, añadió como si se le acabara de ocurrir—: Por el amor del Trono, no se lo cuentes a Roboute.

—No, mi señor.

—Bien.

—Deberíais contárselo vos mismo.

Dorn se lo quedó mirando unos instantes.

—¿Crees que me llegará la oportunidad? —preguntó—. No me parece el optimismo de un hombre decidido a ponerle fin a su vida.

—Ahí tenéis otra prueba más, mi señor, de que solo he subido aquí para disfrutar de las vistas —respondió Sindermann—. ¿Es un optimismo mal encaminado? ¿Vuestro hermano está cerca? ¿Tenemos alguna noticia?

—Pues no. No sé si Guilliman, el León o cualquier otro cabrón leal va a llegar aquí a tiempo.

Se quedaron en silencio, acompañados del repiqueteo de la lluvia.

—¿Qué hacíais aquí, mi señor? —preguntó Sindermann—. Disculpame, pero ¿no deberíais estar dirigiendo la defensa? En vuestro puesto, con los datos de...

—Sí —lo cortó Dorn—. El último turno en el Bastión Bhab fue de setenta y ocho horas seguidas, observando mil entradas de datos a la vez, implementando acciones y reacciones. Me... —Carraspeó antes de seguir—. Conforme avanza el asalto, iterador, me parece que apartarme surte efecto. De vez en cuando, claro. Una hora a solas aquí o en el Oasis Qokang para despejar la mente, para volver a ver lo que ya he visto. Lo tengo todo aquí...

Se dio un golpecito en la sien con un dedo.

—Todos los datos, por la memoria eidética. Medito y lo proceso todo tan bien como cualquier cogitador del strategium. O mejor incluso, tal vez. Se me ocurren nuevos métodos, nuevas microestrategias. Me aparto para volver a meditar y recomponerme. E intento pensar, en la medida de lo posible, como lo haría mi contrincante. Como el cabrón del Señor del Hierro, Perturabo. Le doy vueltas a la lógica de sus procesos. Mientras tanto, la verdad continua nunca está muy lejos de mí.

Le mostró a Sindermann la placa de datos enlazada a la noosfera que llevaba en un bolsillo de la túnica.

—Siento haberos interrumpido, mi señor.

—Descuida. Una pausa o una interrupción es una buena herramienta para llegar a una idea: la claridad a través de la interrupción. Uno puede llegar a meterse demasiado en el problema, ¿sabes? Ocurre lo mismo con las peleas cuerpo a cuerpo. Se desarrolla un ritmo, un patrón, y se vuelve hipnótico. La forma de ganar es romper el patrón.

—En ese caso, me alegro de haberos sido de utilidad —respondió el iterador—. Y me alegro también de no haberos encontrado empeñado en la misma vía de escape que me ha hecho subir hasta aquí.

Dorn lo miró de reojo.

—Y también me disculpo por haber dicho eso —siguió Sindermann.

—¿Mil metros hasta el tejado del Constante Occidental? —dijo Dorn, mirando el parapeto—. Dudo que eso pueda acabar conmigo.

—¿Qué podría conseguirlo?

—Supongo que uno de mis hermanos.

—Ah —dijo Sindermann.

—Era algo impensable —añadió el primarca en voz baja—. Creíamos que... Hasta que cayó Manus, creíamos que no se nos podía matar. Y ahora todo eso es historia.

Se quedaron mirando el horizonte en llamas.

—¿Te has dado por vencido con la historia? —quiso saber Dorn.

—¿Habéis oído esa parte también, entonces? —preguntó Sindermann, avergonzado.

—¿La de que la historia se consume a sí misma? Sí.

—Ya hace tiempo que el edicto del Consejo disolvió la Orden de Rememoradores, y su propósito ha llegado a su fin. Ya no hay ningún programa formal, el ambicioso proyecto del difunto Solomon Voss ha quedado abandonado y ya no hace falta más iluminación. Ya no hace falta que los iteradores articulemos la verdad de...

—Fue necesario para controlar el flujo de ideas —lo cortó el Pretoriano con voz amable—. Necesario por razones fundamentales, como medida de seguridad. La palabra del enemigo puede ser tóxica, hasta la propia idea de la traición lo es. Es contagiosa. Lo sabes muy bien.

—Supongo que sí —respondió Sindermann.

—La censura es algo que aborrezco —dijo Dorn—. Va en contra de los principios de la sociedad que se supone que estamos creando. Por la gran Terra, ya empiezo a parecer tan moralista como Guilliman. A lo que voy, Kyril, es a que... ya no estamos creando nada y no teníamos ni idea de cómo las palabras podían llegar a contaminar todo lo que queremos. Los rememoradores y los teístas son unas ideas que, en tiempos mejores, podríamos haber consentido como mínimo. Estoy en contra de todo lo que representa la mujer esa, Keeler, pero defendería su derecho a decirlo. En tiempos mejores. Sin embargo, las palabras y las ideas se han vuelto peligrosas, Sindermann. Sé que no tengo que explicártelo, a ti menos que a nadie.

—Lo entiendo, de verdad —repuso el iterador, encogiéndose de hombros—. Además, ¿qué nos queda por decir? ¿Qué palabras nos quedan por usar?

—Sindermann —lo llamó el primarca, y no dijo nada más.

—¿Mi señor?

—Encuéntralas.

—¿Que encuentre... qué?

—Palabras, además de personas que te ayuden a usarlas. Puede que la orden ya no exista, pero me da la sensación de que vamos a necesitar rememoradores. Más que antes, tal vez, y quizá de forma extraoficial. Apoyaría la idea. Para ver la verdad, presentarla y dejarla por escrita.

—¿Por qué, mi señor?

Dorn clavó una mirada férrea en él.

—Los historiadores trabajan con el pasado, mas escriben para el futuro. Para eso existen. Si sé que hay historiadores que siguen en su empeño, eso me dice que también habrá un futuro. Creo que eso podría reafirmar mi decisión, el saber que lo habrá, por lejano que sea, que existirá y querrá recordar lo que ha sucedido. Me daría fuerzas para seguir luchando, me llenaría de esperanza. Si los historiadores se dan por vencidos, admitimos que se acerca el final. Ve a cumplir con la tarea que te encomendó el Emperador y recuérdame que el futuro sigue siendo una posibilidad para nosotros.

—Eso haré, mi señor —dijo Sindermann. Tragó en seco y pretendió que la lluvia se le había metido en los ojos otra vez.

—Si nos hacemos con la victoria —continuó el primarca—, será la mayor hazaña que lleguemos a cumplir en algún momento.

—Lo será —asintió Sindermann—. Sí que lo será. Porque estoy seguro de que este es el mayor infierno que hayamos conocido. Concibo el Palacio como el centro sólido de todo, y, aun así, vaya adonde vaya, lo noto temblar.

—¿Temblar?

—Hasta los cimientos. Los pasillos, las murallas... Recorro el Palacio, ¿sabéis? Cada línea, de punta a punta, dentro de las defensas y de los bastiones. Noto la vibración del bombardeo constante, del diluvio de energía que hace temblar la superficie, de los subtemblores y de las réplicas. Lo noto allá adonde vaya.

—Me han contado que el Palacio entero y la corteza terrestre que ocupa se han desplazado ocho centímetros al oeste desde el comienzo del asedio —comentó Dorn.

—Extraordinario —dijo el iterador—. Pues eso, ¿lo veis? El temblor está por doquier, hasta aquí mismo lo noto. En la Puerta Hasgard, hace ocho días, noté uno que era como un terremoto durante la descarga de iones, que hasta las ventanas temblaron. Ayer pasé por el Muro Saturnino

e incluso allí noté el temblor en el suelo, como si esas piedras antiguas sufrieran de parálisis cerebral. El movimiento, mi señor, se transmitió a lo largo de varios kilómetros a través de la superficie de las zonas de guerra del puerto.

Dorn asintió. Entonces se quedó muy quieto, dándole vueltas a todo, considerando, según se imaginaba Sindermann, más datos memorizados en un segundo de los que él era capaz de retener en un año.

—¿En el Saturnino, dices?

—Sí, mi señor.

—Debo volver a mi puesto —dijo el primarca, antes de dar media vuelta—. Y tú también. Baja, rememorador. Cumple con tu tarea para que la mía tenga importancia el día de mañana.

—Voy, mi señor.

—Y ve por las escaleras, por favor.

—Muy gracioso, mi señor —dijo Sindermann con una sonrisa de oreja a oreja.

—Reírnos de este calvario y de nosotros mismos —explicó Rogal Dorn— puede ser lo último que se nos permita hacer. Cuando se haya acabado la munición y nos hayan desangrado, miraré a nuestro enemigo a los ojos y me reiré por el malentendido macabro en el que se ha metido, en el que cree que así deben ser las cosas.

—Tomaré nota de eso, mi señor.